LA EDUCACIÓN DE LILI

erein

biblioteca
RAMON SAIZARBITORIA

LA EDUCACIÓN DE LILI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: noviembre de 2016

Título original: *Lili eta biok*
Diseño e ilustración de cubierta: Juanba Berasategi
Maquetación: Erein

© De la traducción: Helena Sotelo Iglesias y F. Eguia Careaga
© Ramon Saizarbitoria
© EREIN. Donostia 2016
ISBN: 978-84-9109-139-4
D.L.: SS-2012/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300 F 943 218 311
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.
Araba kalea, 45. 20800 Zarautz
T 943 835 008 F 943 130 822
e-mail: itxaropena@itxaropena.net
www.itxaropena.net

LA EDUCACIÓN DE LILI

RAMON SAIZARBITORIA

Traducción de Helena Sotelo Iglesias y F. Eguia Careaga

erein
biblioteca
RAMON SAIZARBITORIA

– 1 –

El hombre que se está observando las encías en el espejo no logra dormir mucho tiempo seguido, lo cual provoca que, aun rebasando ampliamente en el cómputo total las preceptivas ocho horas, se sienta dominado por una permanente e insatisfecha avidez de sueño. Se pasa el día tumbado ante el televisor zapeando constantemente, huyendo de los anuncios y buscando tertulias que sigue sin excesivo interés. También lee intermitentemente. Lo hace a saltos, picoteando en alguno de los montones de libros que le rodean, yendo de uno a otro volumen sin conseguir concentrarse mucho rato y sin concluir jamás ninguno. De vez en cuando reemplaza las pilas de libros por nuevas remesas que extrae sin un criterio claro de la nutrida biblioteca, cada vez más desordenada en la medida en que las reincorporaciones las hace al buen tuntún, aprovechando cualquier hueco libre en las estanterías. Junto a los libros le rodean envases de leche vacíos, envoltorios de chocolate Lindt, 85% cacao, de distintos rellenos, y cajas de unas palmeritas de hojaldre industrial que encuentra en el Lidl del mercado de La Brecha, productos de los que se alimenta prácticamente de manera exclusiva e ininterrumpida en el mismo salón, lo que, evidentemente, no contribuye a que su nivel de colesterol sea el más adecuado. Así se lo hizo ver el médico tras el último examen. Extraordinariamente se come alguna lata de bonito o de

sardinas, con pan que tras muchas pruebas frustradas ha aprendido a descongelar en el microondas con resultados satisfactorios. A pesar de semejante régimen de vida, propio de algunos personajes que aparecen en telefilmes americanos que el hombre mira sin ver, dista mucho de estar obeso. Al contrario, de hecho pesa poco para su considerable altura, algo que, al margen de la genética, se debe, piensa él, a la devastadora enfermedad que padece.

Por lo demás, apenas se cambia de ropa, a menos que por beber recostado se le deslice algún chorro de leche en la pechera. Le complace abandonarse en su miseria, degradarse rodeado de suciedad y desorden. Lo hace conscientemente, hasta la caricatura, y a veces se ríe de su propio empeño observándose en el espejo de cuerpo entero del vestidor con la pernera derecha del pantalón remangada lo justo para que le asome la bolsa de orina.

En cuanto al hedor que desprende, que se le hace a veces evidente, no es que le atraiga, pero tampoco le molesta, dentro de unos límites. Se pregunta cómo será para los demás, aunque no se arriesga a saberlo. Nunca abre la puerta las raras veces que llaman –acaba de darse el caso; era un repartidor de pizzas despistado–, aunque le resulta inquietante no hacerlo y le deja exhausto tener que permanecer conteniendo la respiración para que el inoportuno acechante no perciba señales de vida, como un criminal a punto de ser sorprendido en la escena del crimen. Hay visitadores muy persistentes, quizá porque han alcanzado a oír el televisor que el hombre apaga al primer timbrazo, que continúan tocando larga y repetidamente, o que llegan incluso a aporrear la puerta. A veces, dada la insistencia, se atreve a avanzar sigilosamente y les siente acechantes al otro lado de la

puerta, atentos como él, en los intervalos entre dos series de timbrazos, al crujir de la tarima, al ronroneo del motor del viejo frigorífico y a otros ruidos naturales de la casa, y entonces percibe su frustración, su rabia por haber subido hasta su piso inútilmente, que algunos llegan a expresar agriamente, pronunciando palabras soeces. Alguna vez se ha atrevido a acercar el ojo a la mirilla, para ver la figura minimizada del inoportuno visitante como reflejada en una gota de agua, con la aprensión de encontrarse un ojo al otro lado, pegado prácticamente al suyo. Suelen ser en general carteros, cada vez con más frecuencia mensajeros, encargados de la lectura de contadores, algún repartidor de pizzas confundido como acaba de ser el caso, parejas de testigos de Jehová y más raramente un vecino, porque ya saben que es inútil llamar a su puerta y le consta que piensan que está escribiendo y no le gusta ser molestado, porque el hombre es, en efecto, escritor, o al menos lo ha sido. Hay merodeadores –como el repartidor de pizzas que acaba de irse– que dan una patada a la puerta antes de desistir definitivamente y, en esos casos, como en los de especial tenacidad, el hombre lamenta no haber abierto al primer timbrazo y siente el impulso de hacerlo con su raída ropa de andar por casa y toda su pestilencia para gritar al insistente inoportuno que se vaya a la mierda y que le deje morirse en paz.

Las horas de vigilia nocturnas no se le hacen más difíciles que las diurnas en buena medida gracias a los programas radiofónicos para noctámbulos, en especial a los que se basan en la participación de oyentes que llaman a las emisoras para compartir sus problemas existenciales. Entre las de esta noche le ha interesado la de un marido afligido por el abandono de su mujer, y sobre todo porque ésta había preferido a un hombre sin

brazos. No lo podía encajar. Expresaba su dolor y su frustración con un hablar contenido, serenamente, sin aparente rencor hacia su esposa, ni odio hacia el amante. Se refería a éste con respeto aunque era evidente que, tanto como el hecho de haber sido abandonado, le consternaba que su mujer hubiese preferido a alguien sin brazos e insistía en que, aun pareciéndole que las personas con discapacidad –utilizando ese calificativo políticamente correcto– tenían los mismos derechos que cualquier persona, no podía imaginarse que su mujer, de la que evidentemente seguía enamorado, estuviese, por así decirlo, en brazos de alguien que no tenía brazos. Le ha parecido un ser sensible y se ha identificado tanto con su dolorosa frustración que se ha pasado buena parte de la noche tratando de imaginar cómo tiene que ser abrazarse a alguien sin brazos.

A veces, el temor a que, a causa de uno de los desvanecimientos que le sobrevienen con cierta frecuencia como consecuencia directa de su enfermedad o por efecto secundario de los duros tratamientos a los que le someten, se lleve un mal golpe y lo hallen tendido en cualquier parte con toda su pestilencia encima, le lleva a ducharse y a cambiarse de ropa. También la necesidad de salir a la calle para reponer las reservas de víveres, en el caso de las palmeritas de hojaldre del Lidl, sobre todo porque, dada la distancia de su casa al mercado de La Brecha, la probabilidad de encontrarse con gente conocida es relativamente alta. Cierto es que, algún día de lluvia intensa, se ha aventurado a salir tal y como estaba en casa, con una gabardina muy larga que le llega prácticamente hasta los tobillos –una moda de hace unos cuantos años– puesta por encima, y ni qué decir tiene que, en esas condiciones, angustiado por la posibilidad de encontrarse con alguien, los aproximadamente quinientos metros

de recorrido constituyen una aventura inquietante pero emocionante a la vez, de la que siempre vuelve exhausto.

Hoy ha decidido cortarse las uñas, afeitarse, ducharse y lavarse los dientes, en ese orden, porque ha quedado a las diez en la consulta del psiquiatra que está en el Antiguo, muy cerca de Ondarreta. Portuondo, el psiquiatra, le llama periódicamente y se interesa por él indirectamente, es decir, sin someterle a un interrogatorio psiquiátrico propiamente dicho. Simplemente le habla de la actualidad, de la crisis económica, de la corrupción política, de la ciclogénesis explosiva, de la recogida de basura puerta a puerta, temas de actualidad que nunca son divertidos, pero supone que lo hace tratando de relativizar la importancia de su enfermedad en el contexto de un mundo muy problemático. Es un profesional inteligente e instruido que no tiene una opinión muy buena de la gente, pero cuya actitud hacia la miseria humana es comprensiva y amable. El hombre no acude con mucha frecuencia a su consulta y, salvo excepciones, lo hace con el único fin de que le recete diazepam. Aunque no consume mucho, le complace disponer de una buena reserva a mano, acumular pastillas como una urraca, sin un fin específico, inútilmente de hecho, porque sabe que, llegado el caso, el psiquiatra hará lo necesario para abrirle la puerta de salida de este mundo de locos, como él mismo lo califica. Se lo ha prometido. En cualquier caso, es muy liberal, o generoso, o pródigo, extendiendo recetas. Casi ni necesita pedírselas: se las ofrece él mismo –"¿Ya no tienes diazepam? Pásate por la consulta a media mañana y te hago unas recetas", le dice de cuando en cuando–, puede que porque le nota especialmente angustiado, pero sobre todo, piensa, para obligarle a salir de casa, consciente como es de su propensión al aislamiento y también porque

quiere ver qué aspecto tiene, porque eso sí que lo hace, mirarle, con su mirada penetrante mientras hablan de nada, es decir, de la crisis o de las elecciones o del calentamiento del planeta, o lamentándose porque el mundo está loco, muy loco. Eso lo repite mucho: "El mundo está muy loco, Faustino". El hombre supone que aunque no lleve las cuentas, perspicaz como es, debe de ser consciente de esa tendencia suya a acumular tranquilizantes, pero eso no le dificulta en absoluto poder pedírselos aprovechando que, como es el caso, necesita salir de casa porque se le están acabando las palmeritas del Lidl.

Se nota las encías pálidas, cosa que, si no recuerda mal, su madre solía atribuir a la anemia, y los ojos ligeramente amarillentos, lo que, como todo el mundo sabe, se asocia a las afecciones hepáticas.

En cuanto a la ropa, el hecho de acumular la sucia y de carecer de talleres de plancha en el entorno, al menos que él sepa, hace que esté llegando a tener que utilizar prendas muy en desuso. Son prendas buenas, incluso las de mayor calidad de su vestuario, las que le van quedando, precisamente porque son muy formales, las de más vestir, y por eso mismo no resultan demasiado apropiadas para ir al mercado de La Brecha un día normal. Es el caso de las camisas inglesas de gran cuello recto y puño doble que quedan fatal sin corbata y chaqueta. Pero, puesto que no dispone de otras, no tiene más remedio que recurrir a la que le parece más discreta –con el necesario complemento de corbata y gemelos– y enfundarse la americana de un traje gris de raya diplomática que llevaba años colgado dentro de su funda.

Dado que el espejo de cuerpo entero del *hall* le dice que parece un jefe de sala de algún restaurante rancio –la americana

es larga y los pantalones resultan anchos para los cánones actuales–, decide cubrirse con la gabardina que le llega casi hasta los tobillos, aunque el parte meteorológico de la radio ha anunciado un día de tregua en el que lucirá el sol.

Nada más salir al portal tiene la mala fortuna de darse casi de bruces con Sarobe –como siempre guapo, pulcro, perfecto–, a quien no veía desde hacía años. Saludo de rigor un poco frío teniendo en cuenta lo calurosos que solían ser antaño. "Hombre, Faustino Iturbe, cuánto tiempo". Le pregunta que hacia dónde va y a punto está de confesarle que al psiquiatra, pero dice que a Ondarreta. "Te acerco". Tiene el coche aparcado en la misma esquina y le propone llevarle porque le viene de paso, y así puede plantearle además un asunto por el que siempre estaba pensando en llamarle.

Hablan de cómo les va. En realidad habla Sarobe, así que Faustino Iturbe se limita a decir que está vivo cuando el otro le pregunta que qué tal. Sabe que a Sarobe le va bien como fotógrafo porque le dan premios y sale en los periódicos, y recela del interés que pueda tener en hablar con él. En un tiempo tenían muy buena relación pero se deterioró a partir de que Faustino Iturbe decidiera suspender la realización de un documental que habían acometido junto a otro colega. El documental era sobre la guerra y se basaba en una serie de entrevistas de testigos directos y cuando llevaban grabadas unas cuantas, él, Faustino Iturbe, adujo que carecían de interés y no daban pie a nada lo que no era del todo falso, pero está seguro de que ellos pensaron que los motivos para claudicar eran otros aunque no dijeron nada y no tuvieron más remedio que plegarse a su decisión porque, además de guionista, era quien corría con los gastos.

Tras muchos rodeos, cuando están atravesando ya el túnel del Antiguo, Sarobe se decide a hacerle saber que el motivo por el que pensaba llamarle es que necesita su permiso para utilizar fragmentos de algunas entrevistas del frustrado documental para otro que le han encargado sobre la Memoria Histórica. No puede negarse y no lo hace. Le pide que le deje en el primer semáforo que les pille en rojo y, justo antes de bajarse, en el cruce de Zumalakarregi con Satrustegi, el otro le asegura que, en cualquier caso, le irá dando cuenta de las grabaciones que incorpore a su nuevo trabajo.

Lo cierto es que a Faustino Iturbe no le preocupa mucho el asunto porque está convencido de que Sarobe no hará uso del fragmento en el que un testigo pone en entredicho el valor de su abuelo Faustino, pero le incomoda rememorar un viejo asunto que, al fin y al cabo, terminó afectando a su relación de amistad.

Trata de pensar en otra cosa mientras camina por el paseo.

Escena en la playa de Ondarreta. El arenal y el paseo prácticamente vacíos, envueltos todavía en una tenue bruma blanca y una mujer madura en bañador dirigiéndose a la orilla. Apoyado en la barandilla del paseo, un hombre relativamente joven muy abrigado para el día que hace, gabardina larga atada en la cintura y foulard al cuello, admira la equilibrada belleza de esa mujer de cuerpo robusto que se mueve con elegante elasticidad. El agua, de un uniforme azul claro, como el albornoz del que la mujer acaba de desprenderse, tiene el aspecto de estar fría. Y lo está: a diecisiete grados, según la radio.

Al llegar a la orilla, la mujer ha inclinado la cabeza y se ha puesto el gorro. Un sobrio gorro de piscina de color negro. Ha avanzado hasta que el agua le ha llegado a medio muslo y se ha mojado los brazos y el cuello. Luego ha seguido avanzando sin dar muestras de que le impresione en absoluto la temperatura del agua. Desaparece durante varios segundos y avanza directa hacia la isla unas brazadas, varias, más de una docena en estilo *crawl* y luego hacia la derecha, hacia el centro de la bahía, en un ritmo suave y constante. Casi no hay olas.

El hombre se sienta en uno de los bancos blancos de estrechos listones de madera, a la altura del lugar en el que la mujer ha dejado sobre la arena su albornoz azul claro, en un capazo de palma. Debido al encuentro con Sarobe y a su empeño en traerle en coche, ahora le sobra tiempo. Desde que ha perdido la costumbre de someterse a horarios tiene dificultad para calcular el tiempo que le llevan las actividades personales, limpiarse los dientes, ducharse, vestirse, y más si cabe los desplazamientos, y es por eso y por su obstinado deseo de ser puntual por lo que generalmente llega a las citas demasiado pronto. Un precoz rasgo de vejez derivado de la enfermedad, supone, porque se recuerda haciéndolo siempre en el límite, con los tiempos bien medidos y ajustados, y el pelo mojado de la ducha.

El sol es dulce en los párpados y ahora se alegra de haber salido.

Hay escenas, experiencias sueltas, que acuden reiteradamente a la memoria como pidiendo ser imbricadas en una historia. Naturalmente, no todas sirven. Un recuerdo recurrente del que nunca hará uso es el del momento en que se despide de su madre en el patio del internado la tarde de su ingreso. Puede describir los muros de piedra que circundan el patio y

que evocan una institución asilar del siglo XIX, la hilera de letrinas ante las que tantas veces haría cola y que entonces todavía no sabía que eran letrinas, la pequeña campana de bronce en lo alto de la puerta de acceso que marcaría el riguroso ritmo de vida durante los meses siguientes. Por alguna razón fue esa campana la que inspiró sus peores presagios. "Pórtate bien y estudia", dice la madre recién enviudada, apenada por tener que dejar a su hijo único en ese colegio, pero confiada en que hace bien obedeciendo los consejos de su confesor, que le ha hecho ver que merece la pena el sacrificio material –el colegio es carísimo– porque al chico, sin un hombre en casa, le vendrá bien el régimen de disciplina de los religiosos.

Así pues, la campana. Alguna vez en las sobremesas se ha atrevido a narrar esa escena a manera de test –podría elegir otras más impactantes, como las terribles palizas del hermano Cicuta o los abusos del hermano Bernabé– para valorar si merecía la pena tratar de urdir una historia que incluyera esa experiencia. Nunca lo ha hecho pues tiene la impresión de que lo que les conmovía, porque sí que se conmovían, era saber que él había vivido personalmente alguna de esas historias magistralmente descritas por excelentes narradores y que, a través del cine y la literatura, forman parte del *background* sentimental de cualquier persona. Él lo había vivido en su carne, y ésa era la única diferencia: no podría añadir nada de valor a lo escrito por otros, y el simple desahogo o la necesidad de venganza no constituyen suficiente motor para su escritura. El del internado es un asunto claro, resuelto, que no le sugiere ninguna pregunta. Por el contrario, la guerra se entremete constantemente en su obra.

La mujer nada a un ritmo pausado pero constante en paralelo a la orilla, hacia el Tenis. En esa zona de la playa, a la

izquierda, hay un cúmulo de piedras que reaparecen todos los veranos por más que el Ayuntamiento se esfuerza en retirarlas. Muchas provienen de la antigua cárcel en la que su abuelo, el gudari heroico, estuvo preso al final de la guerra. Hay una foto en la que aparece posando serio en la puerta de la prisión el día que salió libre, y en la que llama la atención la extremada holgura de la ropa y la elegancia de la misma. Es obvio que le hicieron llegar su mejor traje cuando les anunció su salida. En otra foto, tomada aproximadamente un año antes en el mismo emplazamiento, en algún punto del paseo muy próximo al que se encuentra sentado el hombre, aparenta tener diez años menos y diez kilos más a pesar de su aspecto de hombre fibroso. Resulta una foto curiosa porque, tras la figura del abuelo, que debe de rondar la treintena y está vestido de tenista –camisa y pantalón largo blancos y jersey de pico del mismo color con cenefa probablemente roja o azul– aparecen tres jóvenes con boina, camisa oscura y correaje, uno de los cuales ofrece un papel a un grupo de transeúntes. Faustino Iturbe siempre ha pensado que esa instantánea corresponde al 7 de septiembre de 1934 porque entre los trofeos de su abuelo había una copa que tenía grabada esa fecha y porque ese día, según consta en los periódicos de la época, un numeroso grupo de socialistas y comunistas se enfrentó a otro de falangistas que repartía propaganda en la playa de Ondarreta. Si estuviese en lo cierto, el papel que distribuían los individuos que aparecen tras su abuelo en la foto podría ser un famoso panfleto que decía "¡Navegantes! Cuando los pueblos de España estuvieron unidos, los almirantes vascos, en barcos de España, dominaron el mar. ¡Navegantes vascos! La gloria de España es nuestra gloria".[1] Quizá el texto lo redactó José

[1] En castellano en el original. (N. del T.)

Manuel Aizpúrua, el arquitecto donostiarra que fue jefe de propaganda de Falange, autor, junto a Labayen, del magnífico Club Náutico que el hombre puede ver casi enfrente, al otro lado de la bahía, uno de los mejores exponentes del racionalismo europeo. También Aizpúrua estuvo preso en esa cárcel cuyas ruinas asoman obstinadamente en la arena, pero con peor fortuna que el abuelo por el que se llama Faustino, ya que el brillante arquitecto fue fusilado tres días antes de que los suyos tomaran la capital guipuzcoana.

El hombre sigue sin perder de vista a la mujer, que ha hecho pie y poco a poco comienza a salir del agua hacia la orilla. Viste un bañador de cuerpo entero, negro o muy oscuro, y se diría que va emergiendo sin utilizar las piernas debido a que mantiene los hombros rectos, sin mostrar el más mínimo esfuerzo, para vencer la resistencia que le opone el agua. Es una mujer fuerte y no se trata de un eufemismo: ancha de hombros, y de muslos y brazos prietos, ancha de cintura también, quizá el rasgo más evidente de madurez, pero sin aparente cúmulo de grasa. Es alta, algún centímetro menos de estatura que el hombre que la observa. Tras desprenderse del gorro sacude enérgicamente la cabeza y hace el gesto de inclinarla hacia uno y otro hombro llevándose la mano al oído opuesto. Luego se pasa los dedos por el pelo, corto, ligeramente rizado y rubio pajizo, no sabría decir si natural. Junto al capazo permanece de pie cosa de medio minuto, secándose levemente la cara y los brazos con una pequeña toalla amarilla sin frotarse la piel, mediante suaves toques hasta que repara en él y se le queda mirando un momento, escrutándole como si tratara de reconocerle hasta que se vuelve de espaldas. Un signo de decadencia, la relativa flaccidez que insinúa el pliegue de los trapecios hacia la cintura. De

espaldas, pues, libera los brazos de los tirantes del bañador dejando que su parte superior cuelgue. De esa guisa, desnuda hasta la cintura, se agacha sobre el capazo para coger el albornoz –el hombre intuye el brazo izquierdo doblado sujetándose el pecho–, se lo pone dejándolo abierto para facilitar los movimientos y termina de desprenderse del bañador. Luego se pone unas bragas y se anuda el cinto del albornoz.

Al hombre le gusta el modo en que ha realizado la operación, con naturalidad y rapidez, sin remilgos pero sin exhibicionismo alguno. Viéndola dirigirse ahora hacia las escaleras centrales con el capazo en una mano y las chanclas en la otra, deduce que debe de vivir cerca, quizá en alguna de las villas al otro lado del paseo. Calcula que tras salir de la playa procederá a quitarse la arena de los pies y echa a andar para coincidir con ella. Justo llega a la primera farola, de las dos que flanquean la escalera, cuando ella guarda la pequeña toalla amarilla tras haberse sacudido superficialmente la arena apoyada contra la farola de enfrente. Al llegar a su altura, el hombre se detiene para dejarla pasar, y ella, tras titubear un instante, incapaz probablemente de interpretar su gesto porque, en realidad, no había empezado a andar, le da las gracias y se dirige hacia el jardincillo circular al otro lado del paseo. No sabría decir de qué color son sus ojos.

El hombre permanece inmóvil viéndola alejarse antes de emprender el mismo camino hacia la consulta del psiquiatra, a la que llegará tarde si no se da prisa.

Es el propio Portuondo, el psiquiatra, quien sale a abrirle. No tiene enfermera. La puerta de su despacho está cerrada, por lo que deduce que hay algún paciente dentro. La sala de espera está

protegida por una mampara traslúcida, aunque normalmente no suele haber nadie. Lo sabe por experiencia. En una ciudad pequeña, resulta más problemático proteger la privacidad y evitar la posibilidad de que se saquen conclusiones coincidiendo con alguien en la consulta del psiquiatra. El psiquiatra, en cualquier caso, no da la sensación de tener prisa. Nunca la tiene y deduce que es porque se trata de un buen profesional. En todo caso, da la impresión de que, como suele decirse, nada de lo humano le es ajeno y, desde luego, sabe escuchar, –se lo ha oído decir: "Un psiquiatra puede ser ciego, pero no sordo"–, sabe transmitir la sensación de que lo que escucha le interesa. A él le resulta cómodo hablarle porque no necesita esforzarse en elegir las palabras. Sabe que va a entenderle con un simple gesto, que conoce sus limitaciones y que cuenta con ellas. Seguramente por eso le da pocos consejos. Le dice "Tómate unos tres al día", refiriéndose al diazepam, y le pregunta si tiene apetito, si consigue dormir por las noches, si tiene ánimo para pasear. Como una madre más que como un psiquiatra.

"¿Cómo lo llevas?", pregunta, bajando la mirada a los pies del hombre. Se refiere al asunto de la bolsa de orina, obviamente. Y lo cierto es que lo lleva bien, aunque fuera de casa todavía tiene la impresión de que se le va a abrir la espita en cualquier momento y va a ir dejando un reguero de orina por el suelo. Es lo que responde, con cierto tono cómico. "¿Ya vas al médico?". El psiquiatra habla de los médicos como si él mismo no lo fuera y el hombre duda si responderle que sí. Finalmente confiesa que se ha saltado la consulta. Le explica que el último especialista le dijo que se da una mayor prevalencia de su enfermedad entre la población negra que entre la blanca, supone que queriendo dar a entender que lee con soltura y

frecuencia artículos científicos americanos. Y también porque no tenía nada más que decirle. Le recomendó que tratara de vivir "sin pensar en la fecha de caducidad", ésas fueron sus palabras, como si no estuviese enfermo de una enfermedad mortal. "Piensa que lo mismo te puedes morir en un accidente de coche", le dijo, queriendo aliviarle.

El psiquiatra dibuja una sonrisa triste: "Cómo son… No quieren ver la angustia". Tiene un aire cansado y el hombre le pregunta qué tal se encuentra, consciente de situarse en un nivel que no corresponde a un paciente. "Un poco cansado", confirma Portuondo, y añade luego: "El mundo está loco, Faustino".

No es raro que le hable de otros pacientes, guardando el debido anonimato. A veces piensa que lo hace para sugerirle ideas, esbozos de historias de las que poder colgar sus propias experiencias. O para darle a entender que hay otra gente que sufre. Le acompaña hasta el rellano de la escalera, que es tan reservado y silencioso como el interior del piso, pero baja la voz hasta hacerse casi inaudible y tiene que leerle los labios para entenderle. Se trata esta vez de un caso de celotipia de un industrial de mediana edad que está arruinando su negocio debido a que, desentendiéndose totalmente de él, se dedica exclusivamente a controlar a su mujer y a sus posibles o potenciales amantes, actividad en la que se deja un montón de dinero, puesto que recurre a la contratación de las más prestigiosas agencias de detectives. Se pregunta qué semblanza haría de él cuando le abrió la historia clínica hace exactamente ocho años. Varón de treinta y cinco años licenciado en Psicología que acude a consulta porque se siente culpable tras el suicidio de una paciente a la que trató inadecuadamente –un caso de depresión

endógena que presumiblemente tendría que haber sido derivado a un psiquiatra– y con quien, contraviniendo el código de ética profesional, mantuvo una relación, no de tipo sexual, pero sí de amistad algo ambigua. Refiere insomnio, cansancio, falta de interés, repentinos ataques de angustia.

"El mundo está loco, Faustino", ha repetido el psiquiatra ofreciéndole la mano a modo de despedida, y cuando el hombre ha descendido ya medio tramo de escalera añade: "Llámame cuando quieras", desde el rellano, sujetando la puerta como si tratara de impedir que los problemas que han aflorado en la consulta invadan la calle.

El hombre no sabría decir qué es lo que le lleva a cruzar la glorieta dejando atrás la parada de taxis primero y la de autobuses luego, y a retornar al punto del paseo en el que ha estado apenas hace un cuarto de hora. Como perro que olfateara un rastro. Huele a yodo y a salitre. Sabor a sal de lejanos veranos, de la piel morena de alguna chica tendida junto a él al sol, de las patatas fritas que vendían en bolsas amarillas las cesteras del paseo. No tiene interés en recordar. Con el olor a yodo y a salitre no puede sino rendirse a la estimulante evidencia de que siente nostalgia de la bañista madura de piel blanca. Piel blanca seguramente contraída por el frío, con alguna brizna de alga adherida, de esas que la mar bate hacia la orilla.

No hay nadie bañándose. En la arena, un chico y una chica colocados frente a frente, a unos diez metros de distancia, pelotean con palas de madera, y un perro corre ladrando feliz de uno a otro tratando de seguir la trayectoria de la pelota, pero sin pretensión de cogerla, sin interferir en el juego. La visión de ese perro integrado en la diversión de sus amos le trae por segunda vez esta mañana el recuerdo, más triste que dulce, de su

perra *Txiki*. El nombre es vulgar, pero de eso él no tiene la culpa. La propietaria era su madre, y fue ella quien la bautizó. Era una *lakeland terrier*. Esta pasada madrugada, al desvelarse por segunda vez y tratar de descubrir el motivo de su desasosiego, la ha visto sentada, mirándole con los ojos casi ocultos tras los rizos, la trufa negra brillante y la cabeza ladeada como cuando algo captaba realmente su atención. Era una perra lista, ágil y fuerte, independiente y no muy cariñosa. Ciertamente tenía defectos como animal de compañía. Daba frecuentes motivos para que se la regañara, pero no convenía hacerlo porque respondía orinándose en la alfombra. Se negaba tozudamente cuando él pretendía que le acompañara en sus caminatas por el monte o a hacer *footing*. Por lo visto, no entendía a qué venía caminar por caminar, horas y horas, y menos todavía correr por las calles como él pretendía, de modo que en cuanto olía las botas de monte o las zapatillas de deporte se escondía bajo alguna cama y no había manera de sacarla. Ella pretendía perseguir gatos o que le lanzaran pelotas para cogerlas incansablemente. Además, como se trataba de una genuina perra de agua, el instinto la llevaba a escaparse en cuanto la percibía más o menos próxima, y se zambullía en todo lo que fuera mar, río, lago, estanque o simple charco, persiguiendo sin parar de ladrar a todo lo que se moviera en su superficie, y solía ser muy problemático recuperarla sin mojarse los pantalones. Nunca ha entendido cómo semejante ejemplar pudo vivir con su madre en un piso sin crearle problemas, pues, que él sepa, no se quejó nunca. Al quedar discapacitada su madre como consecuencia del penúltimo aneurisma, su hermana asumió llevársela a vivir con ella con la condición de que él se hiciera cargo de la perra, ya que no toleraba los animales y su madre tampoco estaba

dispuesta a aceptar una solución que supusiese abandonarla fuera de la familia. Convivieron un par de años hasta que un día en que la sacó a pasear se encontró con un amigo que entendía mucho de animales. El amigo –el conocido, más exactamente– le hizo abrir la boca para examinarle los dientes, la levantó agarrándola del cuello y de la cola y, tras otras maniobras, aseguró que se trataba de un hermoso ejemplar de pura raza. Él se quejó. Hacía lo que quería, tenía mal genio y, sobre todo, se negaba a acompañarle cuando pretendía llevarla al monte, así que le tenía harto. El conocido, entonces, le propuso quedársela. Poseía una casa con piscina y jardín y tenía hijos pequeños que jugarían con ella. Lo ideal. A Faustino Iturbe le tentó la posibilidad de librarse del animal. Su madre había muerto tras el último derrame, y el animal iba a tener mejor vida en una casa con jardín, piscina y niños que no se cansarían de jugar a la pelota, de manera que al cabo de un par de días le llamó para que pasase a recogerla. La última vez que la vio, el último instante, estaba sentada en la bandeja trasera del coche de su nuevo propietario, con las patas delanteras muy derechas y la cabeza ladeada mirándole mientras se alejaba, ignorando que lo hacía para siempre. Le encantaba ir en coche. Tuvo mala conciencia desde el momento en que la vio desaparecer. Más que por haber traicionado la palabra que le dio a su madre, que al fin y al cabo estaba muerta y no iba a enterarse, por el hecho mismo de haberse deshecho del animal. Su hermana, que era prácticamente fóbica a los animales, le echó en cara el abandono en términos muy duros –"No tienes corazón: habrías hecho lo mismo con tu propia madre", le dijo–, pero casi fue peor que, a partir de entonces, los vecinos que tanto se quejaban por las molestias que ocasionaba, concretamente por los ladridos y por

las marcas de fango que dejaba cuando volvía del río, empezaron a interesarse por su paradero y a recordarla en términos muy, muy cariñosos. "¿Qué es de su perrita, tan alegre y simpática?", le preguntaban en las reuniones de la comunidad, y llegaron a hacerle creer que la echaban sinceramente de menos, lo cual naturalmente contribuyó a que se sintiera más culpable. Le quedaba el relativo consuelo de que vivía mejor en su nuevo destino, hasta que un día en que volvió a encontrarse con el conocido que la había acogido se enteró de que había muerto. Más exactamente, de que la habían matado. Le contó que ladraba mucho y que algún vecino, harto de ella, la había envenenado. "En el campo no se andan con chiquitas", le dijo. Tuvo la certeza de que aquel tipo la había tenido atada en algún patatal donde supuestamente iba a vivir feliz, y que por eso ladraba la pobre perra, porque deseaba volver con él a su verdadera casa, pues los perros son leales al margen de las condiciones materiales que les ofrecen sus dueños, y se le hizo evidente que no habría montado en el coche de aquel individuo de haber sabido que iba a ser para siempre. Ni tan siquiera le quedaba el consuelo de desahogarse recriminándole al propietario de la casa con piscina, jardín y niños ideal para perros que no se hubiera tomado la molestia de informarle del trágico final, dado que, por su parte, no se había interesado nunca por saber qué vida llevaba el animal y, además, había sido el primero en quejarse de su difícil carácter. Definitivamente, no podía transferir su culpabilidad a nadie. El animal tenía sus cosas, lo de escaparse al agua y ladrar a todo lo que se moviera, pero era algo inscrito en sus genes: se trataba de una *lakeland*, al fin y al cabo, y obedecía a su instinto. El destino la había puesto en sus manos y tenía que haberla aceptado. Otra persona más generosa, menos

rígida, menos apegada a sus alfombras y a sus rutinas, en definitiva más tolerante, no habría actuado como él, y eso es lo que verdaderamente le duele de esa historia: que su conducta, más allá de las consecuencias directas –la muerte de una perra, algo lamentable en sí mismo, pero que tampoco hay que magnificar–, constituye un indiscutible indicador de su egoísmo, de su miseria afectiva, la prueba de que su hermana tenía razón cuando al enterarse de que se la había quitado de encima le dijo que de haber tenido que hacerse cargo de su madre habría acabado por hacer lo mismo. Por eso, alguna vez que se le pasó por la cabeza tratar de aliviar su culpa acogiendo a un perro, más exactamente a otra perra, acabó rechazando la idea –felizmente, dadas las expectativas de vida que se le revelarían más tarde– convencido de su miseria moral y también por su escasa fe en el poder redentor del sacrificio. De haber tenido otra perra –a la que a pesar de todo habría llamado *Txiki*– estaría pensando siempre en a quién encajársela y, al margen de eso, nada evitaría que viéndola jugar, como ve a ese perro feliz que corre infatigable de un miembro a otro de la pareja de palistas ladrando con alegre entusiasmo, se acordarse de la *lakeland* abandonada y de los momentos que vivió con ella, como concretamente recuerda ahora una tarde en el parque de Cristina Enea con Maite, unos pocos días antes de que se suicidara, diciéndole con voz desenfadada, casi alegre: "*Txiki*, un día me tiraré por la ventana". Porque tenía esa costumbre de decirle cosas a la perra para que las oyera él. Él sabía que vivía en uno de los edificios más altos de San Sebastián, pero no en qué piso, y estuvo a punto de preguntárselo para hacer un chiste del tipo "asegúrate de no romperte únicamente una pierna", harto de que fantaseara con la idea del suicidio. Naturalmente, aun siendo

un mal psicólogo, estaba informado de que nueve de cada diez suicidas expresan claramente su propósito y el décimo lo insinúa, pero estaba convencido de que las ideas suicidas de aquella chica de larga melena y largos vestidos medio *hippies* eran pura impostura esteticista a las que no había que dar credibilidad ni importancia. Aunque no existan estadísticas al respecto, probablemente su amiga Ana tiene razón cuando dice que deben de ser muchas las personas que amenazan con suicidarse y no lo hacen, pero que sea verdad no le sirve de consuelo: su actuación con Maite constituye un episodio más en el que no supo estar a la altura que las circunstancias exigían, otro decepcionante capítulo de su vida cuyo recuerdo, sin atormentarle ya, perdura como lejana admonición de madre, como una voz insistente, cansina.

La conoció cuando ella tenía veinte años y él apenas diez más en la consulta en la que ejercía de psicólogo junto a Ana y otros tres compañeros de la facultad. Fue una de sus primeras pacientes y prácticamente la última, porque abandonó la profesión tras tener conocimiento del suicidio. Había estudiado Psicología porque, al margen de la escritura, que no se atrevía a asumir profesionalmente, carecía de una vocación clara y, por pura inercia, siguió los pasos de Ana y otros tres amigos con quienes había coincidido en Filosofía y Letras. Para estar con ellos. Animado también por ellos, por Ana principalmente, que muy maternal se preocupaba por su futuro, participó en la creación de un gabinete centrado en la atención de niños y jóvenes problemáticos, considerando que constituía la casuística menos comprometida. Dado que no se sentía suficientemente capacitado para ejercer la profesión con los conocimientos adquiridos en la facultad, procuraba derivar los

casos que le parecían más complicados y aplicar el sentido común interviniendo lo menos posible en los que no tenía más remedio que aceptar. Si se hizo cargo de Maite fue porque, en una reunión de equipo para estudiar la situación económica del centro, los colegas le habían reprochado su baja productividad. Le acusaron claramente de escaquearse y no tuvo más remedio que aceptar a la siguiente paciente, que fue Maite. A primera vista le pareció que se trataba de una chica acomplejada. Era lo que se dice mona, menuda, de rasgos finos y piel blanca, labios pálidos de anémica, melena morena y lacia de estilo un poco *hippie*, como se ha dicho. Se quejaba de ser despreciada por un padre que, por el contrario, sentía una adoración fuera de toda medida por otra hija fruto de un matrimonio previo. Llevaba el padre en la cartera la foto de esa hija favorita de la que estaba muy orgulloso y se la enseñaba a todo el mundo; siempre estaba alabando su hermosura, su bondad y su inteligencia, mientras que para ella no tenía nunca una buena palabra; ni tan siquiera la felicitó la vez que ganó el certamen de poesía de la Kutxa con un poema dedicado a un perro. Reconocía que su hermanastra parecía una belleza nórdica por su altura, sus hermosos ojos verdes y el pelo pajizo muy suave, rasgos que había heredado de la abuela, a quien era clavada y a quien el padre admiraba, motivo que explicaba, quizá, el amor desmedido que se profesaban. Para ilustrar hasta qué punto esa hermanastra tan guapa como mala le tenía inquina, Maite decía que se negaba a desprenderse de una gata a pesar de la fuerte reacción alérgica que le provocaba a ella, y que era tal su desafección que cuando se le planteó la imposibilidad de continuar en aquella situación, que la tenía con los ojos y la nariz permanentemente hinchados, prefirió optar por irse a vivir con

la abuela. Aseguraba que a su padre le dejó un vacío enorme y que el hombre, dolido, la responsabilizó a ella por más que, en realidad, su amadísima hija le había abandonado por un gato.

Dada la inexperiencia del joven psicólogo, le resultaba difícil establecer un diagnóstico. La dejaba hablar para que se desahogara y procuraba escucharla hablando él muy poco, que era su línea habitual de actuación para tratar de equivocarse lo menos posible. No sabe cómo, un día en que la vio especialmente triste tuvo la debilidad de hablarle de su perra, y le hizo tanta gracia lo de que se le escondía bajo las camas cuando olía las zapatillas de deporte y esas cosas que se animó a seguir dándole cuenta de sus costumbres y anécdotas. La cuestión es que ella se empeñó en que se la presentara y él accedió, con absoluta ligereza puesto que era muy poco profesional verla en la calle, pero pensó que reforzaría su autoestima tratándola de igual a igual y que, en definitiva, tampoco había obtenido grandes logros viéndola pretendidamente como psicólogo en el contexto del gabinete.

Tras un primer encuentro fuera del consultorio vinieron otros. Se sentaban en un banco y le hablaba de sus problemas existenciales en los mismos términos que hacía en el gabinete, de lo inhóspito que le resultaba el mundo, del sinsentido de la vida, y él trataba, como podía, de convencerla de lo contrario sin muchos recursos, realmente, hasta que llegaba un momento, y ahí radicaba la diferencia con la consulta, en que se dirigía casi exclusivamente a la perra con frases breves, como si tratara de elaborar un discurso comprensible para un perro y le formulaba preguntas siempre muy parecidas –"¿A que la vida es una mierda, *Txiki*?", decía muchas veces–, de manera que el

lógico silencio que obtenía por respuesta le diera la razón. "¿Lo ves?", concluía luego, volviéndose hacia él.

El joven psicólogo advertía en ella una clara vertiente melancólica, pero, sobre todo, percibía mucha rabia, contra todo el mundo, aunque más contra las mujeres que contra los hombres y, sobre todo, contra su hermana mayor –su hermanastra en realidad– y contra su abuela porque eran altas y rubias y de ojos verdes y porque se querían y porque se sentía excluida de ese afecto. Fue la rabia lo que confundió al joven psicólogo. Cuando la oía hablar de la muerte –le gustaba el eufemismo "lo mejor es irse": "Me dan ganas de irme, decía"–, le parecía que alguien poseído por la rabia, como era su caso, constituía un mayor peligro para los demás que para sí misma, de manera que la veía antes acuchillando a su hermana, la bella, que tirándose por la ventana, y no pensó otra cosa el día que le dijo a la perra *"Txiki*, me voy a tirar por la ventana" o "Un día de éstos me tiraré por la ventana". Fue en Cristina Enea, como queda dicho. Estaban los tres sentados en un banco; la perra, que con ella solía ser bastante formal, estaba en medio, y él no dijo nada, ni tan siquiera "no digas tonterías", cuando le escuchó decir aquello. Exactamente como quien oye llover. Para el psicólogo inexperimentado, era algo inherente a su estilo, como el gesto de ajustarse la melena lacia detrás de las orejas o el de apoyar los pies en el borde del banco y ocultarlos bajo la falda. En lugar de recomendarle muy seriamente que acudiese a un psiquiatra competente, no le desaconsejó que tomara Prozac para levantar el ánimo; estaba muy de moda entonces y se conseguía sin receta en la farmacia de Yoldi. Fue una insensatez porque, como sabría más tarde, lo que hizo la fluoxetina en su estado fue "euforizarla", y en definitiva darle alas para lanzarse por la ventana.

Se suicidó un lunes –el día más usual, según aprendió en la carrera– a las diez de la mañana, hora poco habitual para una persona joven. Se enteró por el periódico al día siguiente. "Una joven de veintiún años fallece al caer desde el noveno piso de la torre de Anoeta", decía el titular de la página de sucesos, y en el breve texto, que no añadía mucho más que la hora del suceso y del levantamiento del cadáver, se aludía a ella por las iniciales de su nombre y apellidos, Maite Arrese Franco. Ante la noticia, el psicólogo inexperimentado sufrió un mareo, el primero de la larga serie que le darían luego y sobre cuya etiología nada saben los médicos. Huyó a Paris sin decir nada a sus colegas y estuvo recluido una semana en la habitación de un hotel de Montparnasse que daba al cementerio, hasta que llamó a Ana, quien le convenció para que volviera. Dejó el trabajo por considerar que no estaba suficientemente formado, y el día en que pasó a recoger sus cosas le dijeron que los padres de la suicida llamaban insistentemente pretendiendo hablar con él. Supuso que querían echarle en cara su falta de profesionalidad y culparle de la muerte de su hija, así que huyó de ellos. Al tiempo, el padre comenzó a dejarle mensajes en el contestador de casa, distintas variantes del mismo contenido: había dado con su número en la guía y deseaba verle, mensaje pronunciado siempre en el mismo tono, grave más que triste, y en absoluto amenazador, lo que lejos de animarle a dar la cara –le hubiese sido más fácil responder a la llamada de un padre rabioso alegando que él no tenía la culpa de que su hija fuera una loca estúpida– le inhibió todavía más. No sabe cuánto tiempo duró aquello, tiene la sensación de que semanas, más de un mes incluso. Se le encogía el corazón cada vez que sonaba el teléfono y escuchaba acurrucado aquellos mensajes tristes que empezaban

invariablemente con la presentación "Soy el padre de Maite Arrese", especificando siempre que había dado con su número en la guía. A partir de un momento dado, lamentó no haber atendido la llamada la primera vez, pero ya era tarde. Los mensajes se fueron espaciando y, cuando cesaron, casi fue peor la espera hasta que tuvo la certeza de que no se producirían más. Tampoco sabe cuánto duró el período de incertidumbre –algunas semanas, meses incluso–, y el recuerdo de todo aquello, la chica diciéndole al perro *"Txiki*, me tiraré por la ventana", la voz cansina del padre pidiendo verle…, devino en algo así como el polvo en su mesa de trabajo, sobre el que no puede evitar pasar el dedo de vez en cuando para constatar que sigue ahí.

Maite: el nombre de una culpa que apenas duele, latente, sorda, pero que ocasionalmente despierta, como se reabre una vieja úlcera.

El perro de la pareja que ha estado jugando a la pelota se llama *Tito*. "Ahora a casa, *Tito"*, le ha dicho la chica agitando en el aire un manojo de llaves, y el perro ha subido las escaleras con aire resignado. Faustino Iturbe echa a andar tras el trío sin saber muy bien por qué, por el mismo camino por el que ha seguido un rato antes a la bañista madura a través del jardín, y tampoco sabe qué hacer cuando les ve cruzar la carretera en dirección a las villas. Se siente cansado. Un ligero hormigueo que se inicia en la base del cráneo se le va extendiendo a las sienes con un zumbido de avispas más intenso a medida que el ruido del tráfico se le hace inaudible. Se le nubla la vista y siente que flota. No se asusta. Se agarra al semáforo desistiendo de llegar al primer banco. No le daría tiempo. Espera, confiando en que el

episodio dure lo que suele durar, no sabe cuánto, pero poco, ésa es su percepción, y está convencido de que es menos todavía en tiempo de reloj porque lo que ve, como desde una nube, transcurre a cámara lenta.

Al volver a su ser y percibir el estruendo del tráfico en toda su intensidad, se le ocurre que en un principio fue el ruido.

Decide tomar un taxi de los que hacen cola al otro lado de la glorieta. Nada más darle los buenos días, el taxista se pone a hablar del tiempo. "¿Buenos días dice? Si no hemos visto el sol en quince días". La mitad de las reservas hoteleras para el fin de semana se han anulado. Noticias de la radio. Faustino Iturbe no le escucha. Al dejar atrás Ondarreta y enfilar el túnel se recrea en el recuerdo de la bañista madura saliendo del agua, robusta como una de esas figuras alegóricas, pero el movimiento de la cabeza ha sido grácil al quitarse el gorro y al sacudirse la corta melena luego, muy femenino. Quizá era el contraste con el bañador negro lo que hacía que su piel pareciera tan blanca, y tal vez sea el tiempo poco apropiado para el baño lo que le produce la impresión de haberla visto en un contexto más íntimo que el de la playa. Sabe que su rostro es hermoso, aunque no ha tenido ocasión de verla muy bien, y que sus ojos son claros. Se pregunta si la reconocería si se la cruzara en la calle.

El taxista se vuelve de perfil.

–¿Qué le parece?

El hombre no sabe qué es lo que le tiene que parecer y se arriesga a responder "Qué cosas", como si lo que no ha oído le hubiese impresionado, pero sin excederse, moderadamente. Está acostumbrado a disimular cuando le pillan distraído y generalmente recurre a decir "qué cosas" asintiendo con la cabeza, como ha hecho ahora. El taxista le mira por el retrovisor y

guarda un breve silencio, tras el cual se pone a hablar de la falta de recursos de entretenimiento de la ciudad para cuando hace mal tiempo, y él le deja hablar nuevamente, aliviado de que no se haya dado cuenta de su desatención. Si fuese un niño, el psicólogo escolar diría que lo suyo es un déficit de atención, pero sin hiperactividad, eso sí. Viéndolo positivamente, podría decirse que posee una gran capacidad para abstraerse cuando le hablan de lo que no le interesa, que suele ser casi siempre. Tras las primeras frases, su visión se centra en la contemplación de algún detalle de la boca que le habla, en la forma de los labios o en la dentadura, que dice tanto de las personas, de su condición social, de sus hábitos de vida, y, a partir de ahí, su mente vuela por espacios ilimitados. Es algo connatural en él, pero también el fruto de un aprendizaje. Fue un niño sumiso, acostumbrado a acompañar a su madre a visitar a viejos y enfermos a tertulias en las que nada se hablaba que tuviera interés para alguien de su edad, y también a misas, novenas y otros actos litúrgicos a los que, al contrario que a su hermana, no le costaba asistir. De hecho su madre creyó advertir algún rasgo místico en aquella manera de quedarse ajeno a todo, absorto en la contemplación de las imágenes del altar de la iglesia de los jesuitas de Garibai, y consultó con su director espiritual si no procedería encauzarlo por el camino religioso ingresándolo en un seminario de la Compañía, pero aquél no lo juzgó precedente bien porque, como buen jesuita, dudaba de la utilidad de la contemplación y confiaba más en la inteligencia y el estudio, o bien porque no se le escapó que su recogimiento tenía poco de místico. Él fue quien más influyó en la decisión de su madre de ingresarle en el colegio religioso en régimen de internado para "reforzar hábitos de orden, convivencia, trabajo y exigencia personal",

como rezaba un tríptico que encontró entre los papeles de su madre hace unos días. Lo cierto es que los tres años que pasó en el vetusto e imponente edificio de piedra no contribuyeron más que a desarrollar su capacidad para prescindir de la realidad exterior y, de hecho, llegó un momento en el que el de la abstracción era su estado habitual. Prefería estar ante un libro haciendo que estudiaba y pensando en sus cosas, o incluso sin pensar, que en el patio jugando. En clase, por supuesto, no se enteraba de nada. Nada captaba su atención, en parte por la ignorancia y la falta de pasión de los educadores que le cayeron en suerte, pero sobre todo por esa extraordinaria capacidad suya para estar en Babia. Su hermana era lo contrario: activa, siempre alerta, sin recursos para soportar lo que no le interesaba. Por esa razón, aunque huía de las aburridas sobremesas y de las reuniones de adultos –y se negaba a acompañar a su madre en sus hábitos devotos, lo que le venía facilitado también por el hecho de ser cuatro años mayor–, conoce historias y anécdotas familiares que a él le parecen interesantes ahora que sus protagonistas no pueden contarlas, y lamenta no haber estado más atento en su día y no haber tenido la curiosidad de hacer preguntas, especialmente al abuelo paterno, de quien recuerda algún episodio de la guerra sobre el que le habría gustado saber más, detalles aparentemente nimios de la vida cotidiana en el frente y en la retaguardia, que, en una época, buscó inútilmente en los libros y que son definitivamente irrecuperables.

El taxista se vuelve completamente hacia él y le dice "¿Eh, qué le parece?". No debe de ser la primera vez que lo hace. Faustino Iturbe no cree oportuno repetir esta vez "qué cosas" y le dice la verdad, "No sé qué pensar", confiando en que la disertación no exigiera una posición inequívoca, como así parece,

porque le mira de vez en cuando por el retrovisor con gesto adusto. Han entrado en San Martín y, para tener la oportunidad de reconciliarse, le pide que continúe la carrera hasta la Brecha, aun sabiendo que le tocará esperar en el semáforo de Okendo, a dos pasos de su destino, y que llegaría antes a pie.

– 2 –

En la entrada al mercado se agolpa un numeroso grupo de turistas en visita guiada. Obstaculizan el paso, con aspecto un tanto cansado y desvalido. Faustino supone que les enseñan la pescadería, que él no ha visitado desde hace tiempo, y se le pasa por la cabeza sumarse a ellos para enterarse de lo que les dicen de las merluzas, de las lubinas y de los salmonetes expuestos sobre el hielo y convenientemente iluminados para que parezcan más frescos. Está a punto de alcanzar la escalera mecánica cuando una mano que se posa en su hombro le obliga a volverse. Es Ana.

–Más te valdría utilizar las otras.

Ana siempre le está dando consejos, se preocupa por él, por su salud. No cree que esté tan enfermo o, más exactamente, cree que se deja dominar por la enfermedad, que les concede exagerada importancia a sus males y que se aprovecha de ellos para retirarse de la vida. En cualquier caso, siempre está recomendándole remedios naturales y hábitos saludables de vida, y a él le saca de quicio que le hable como si en su situación tuviera la menor importancia controlar el colesterol, consumir pan integral o dar largos paseos.

–He venido a pie desde Ondarreta –miente.

–Eso está bien. Te veo muy guapo.

Es raro que no se lo diga y Faustino Iturbe a veces duda de si, efectivamente, lo cree así, que es verdad que le ve atractivo

y no lo dice únicamente para levantarle el ánimo. Hubo un tiempo en el que, como suele decirse, mantuvieron una historia que duró unos cuantos meses, quizá más de un año. No lo sabe a ciencia cierta porque no quiere saberlo. Dado que en aquella época ella convivía con otro hombre, su relación fue relativamente furtiva. A él la situación no le inquietaba porque parecía totalmente despreocupada cuando salían a cenar, bien es cierto que siempre a propuesta de ella y a los lugares que elegía –generalmente fuera de la ciudad–, se supone que evitando el riesgo de encontrarse con su pareja, aunque siempre intuyó que él estaba al tanto de su relación y la consentía o toleraba. Le parecía más propio de Ana, una mujer valiente y recta, plantear las cosas claramente que mantener una doble relación a escondidas. El hecho es que una noche, después de cenar en Urepel –una celebración de la que Faustino Iturbe desconocía el motivo–, le propuso subir a su casa. Era la primera vez y él supuso que el novio estaría de viaje, pero para su sorpresa –en cierto modo para su espanto– le comunicó que habían puesto fin a la relación. "Soy libre como un pájaro", le dijo. A partir de esa noche Faustino Iturbe trató en lo posible de eludir los encuentros, recurriendo a excusas mejor o peor traídas hasta que, finalmente, ella le puso entre la espada y la pared y se vio obligado a confesar que no quería seguir manteniendo relaciones íntimas en su casa ni en ninguna otra parte. No hubo reproches, aunque algunas veces, en tono de broma, ella le eche en cara que hiciera gestos de los que él no es consciente que la llevaron a albergar esperanzas, y que la dejara desubicada como en el juego de las cuatro esquinas, pero con más frecuencia le agradece los gratos momentos que pasaron juntos y que la empujara, sin él pretenderlo, a romper con el novio, un hombre bueno, pero de

quien no estaba enamorada. Con todo, es cierto que nunca ha aceptado el fin de su relación y que a veces se empeña en hacer como si nada hubiera cambiado, como si siguieran manteniendo aquella unión furtiva. En el fondo parece estar convencida de que su decisión vino determinada por la enfermedad, cuyos primeros síntomas habían coincidido en el tiempo, por el abatimiento en el que le sumió el diagnóstico y no porque no la quiera, e insiste en confirmarlo. "Porque quererme tú me quieres, ¿verdad?", "¿Es porque piensas que te estás muriendo que no quieres vivir conmigo?"… Son preguntas formuladas con un tono intencionadamente melodramático, como para hacer creer que está de broma, pero a él le incomodan, y cuando puede –porque en general se encierra en un mutismo obstinado hasta que ella cambia de tema– le sigue la corriente y le responde que, efectivamente, no puede hacerle compartir una existencia sin futuro, lo que, aun siendo parcialmente cierto, no constituye en absoluto el principal de los motivos de no querer estar con ella. Le cansa, le agobia un poco su personalidad arrolladora, su vitalidad –que tenga siempre algo que decir, aunque generalmente sea aguda, ingeniosa e incluso divertida–, y también le exaspera a veces la excelente imagen que tiene de sí misma, pero todo ello no debería constituir un obstáculo para compartir alguna noche sin más compromiso, como ella le propone. Él lo elude. Tras la ostomización creyó disponer de un pretexto incontestable y a él sigue recurriendo cada vez que lo necesita. El suyo es un cuerpo deteriorado, arrasado, mutilado, castrado y carece de deseo, argumenta, pero para ella parece constituir un reto adicional que le estimula a perseverar en sus pretensiones. Su inhibición es psicológica, insiste. Es mucho peor tener que llevar una bolsa de

mierda que una de orina, y a pesar de ello hay atractivos modelos ostomizados de ambos sexos que se exhiben desnudos en internet con una bolsa pegada a sus vientres planos. El hombre lo sabe. En el folleto que le facilitaron tras la intervención, además de asegurarse que la misma no constituía impedimento alguno para la práctica sexual, se llegaba a desaconsejar la utilización para fines lúbricos del orificio adicional resultante. Hay gente muy animada. Nunca ha sido su caso y en su situación apenas siente nostalgia del sexo. Cuando recurre a su inhibición para rehuir a Ana, ella argumenta que tampoco necesita una relación sexual, que le basta con leer a su lado, oír música juntos y estar abrazados. "Estar abrazados, sin más", repite cada vez que se encuentran, pero tampoco puede. Aunque le duele, no tiene más remedio que reconocer que la carencia de libido le impide mantener el mínimo contacto corporal con ella, que hay aspectos de su físico que le desagradan –la boca particularmente, los dientes pequeños y grises, la lengua violácea que evita mirar cuando toman algo juntos–, cosa de la que no era consciente o podía obviar cuando era sexualmente activo. De hecho, a veces le cuesta entender cómo podía besarla. Nunca ha tenido el valor de confesárselo, aunque, dada su inteligencia, tras el primer golpe se lo agradecería. Pero no puede y, cuando ella lo acorrala, él se encierra en un mutismo que tiene mucho de infantil, por más que sabe que de esa forma sólo logra reforzar en ella la convicción de que su deseo está inhibido por el miedo a la muerte y la anima a insistir.

Ana viene de comprar pescado. "Un lenguado enorme", dice mostrándole la bolsa. Se queja de la dificultad de comprar comida para una sola persona. "Y de verdad que no quiero insinuar nada", añade. Para alivio del hombre no le pregunta qué

hace él en el mercado, de manera que tampoco necesita reconocer lo que para ella constituiría sin duda una vulgaridad, consumir pastelería industrial, y del Lidl nada menos. Decide echar a andar hacia la salida, renunciando a comprar las palmeritas, y ella le sigue, ocupada en explicarle en qué estriba la dificultad de hacer la compra para un *single* y cómo no ha podido resistirse ante un hermoso lenguado demasiado grande para ella sola, que podrían compartir si se dejara invitar. El hombre sabe que la vía de evasión más eficaz es el no sin paliativos, aunque pocas veces se atreve a utilizar la fórmula. Pero esta vez sí le dice que no sin molestarse en encontrar una excusa. Como contrapartida se ofrece a acompañarla un trecho hacia su casa.

Mientras caminan ella le explica una formula sencilla y rápida de cocinar un lenguado a la meunière, de una pseudomeunière, en realidad, que se hace antes de lo que se tarda en contarlo. En cualquier caso, contarlo le lleva hasta el puente y, mientras lo hace minuciosamente, el hombre siente crecer en su interior la rabia por haberse visto en la necesidad de ocultar que pretendía comprar las palmeritas de hojaldre que le gustan, rabia que crece al imaginarse la situación contraria, ella alardeando de que ha encontrado unas palmeritas exquisitas "no te haces idea dónde". Se levanta las solapas de la gabardina dispuesto a decir que se muere de frío y que se vuelve a casa en cuanto lleguen a la esquina del Kursaal, pero es ella la que se detiene nada más cruzar el puente y le pregunta con gesto preocupado si se encuentra bien, un tanto angustiada incluso. Él dice que simplemente tiene frío, pero con un tono deliberadamente apagado.

–Me tienes preocupada –musita ella, y a continuación se queja de que no le haya cogido el teléfono en toda la semana y

de que no se ha dignado responder sus mensajes. Es cierto que parece apenada y su voz es apenas audible con el estruendo de las olas batiendo las escolleras y el grito de las gaviotas, que planean muy bajas. "No tienes derecho a hacerme esto". El hombre no recurre a dar una excusa porque sería inútil. A ella, como a todos sus conocidos, le consta que hay temporadas en las que se aísla, algo que en general nadie le reprocha. Les parecía normal y tolerable en un escritor y ahora también en un enfermo grave.

–¿Y para qué me llamabas?

–Para qué va a ser. Para saber cómo estabas, bobo. Di: ¿cómo te encuentras?

Él duda si decirle que está bien para evitarle penas, porque sabe que le duelen sus males, pero le cuesta renunciar a la queja, al recurso protector que la enfermedad le ofrece. La enfermedad justifica su misantropía, le hace libre para aislarse en casa, para callarse cuando la conversación le aburre, para dar rienda suelta a su mal genio. Opta por decirle que, según los médicos, se halla en un período estacionario.

–Y tú, ¿qué tal?

–¿Cómo quieres que esté? Enfadada. No me haces caso, me tienes en vilo.

–Pero, aparte de eso, ¿qué tal estás? –le corta.

Tiene un disgusto muy gordo y debería saberlo porque le ha hablado del asunto varias veces a su contestador automático. En versión muy breve: por mediación de un amigo versado en libros vascos antiguos, ha tenido noticia de que su tío, el único hermano de su difunto padre, está tratando de vender el diccionario. El diccionario no es otro que un ejemplar del trilingüe vasco-castellano-latín de Larramendi de 1745, dedicado de

puño y letra por el autor al conde de Peñaflorida, que su abuelo salvó de la destrucción en el transcurso de la guerra. Cada vez que se refiere a él, Ana dice que su abuelo tuvo siempre la intención de donarlo a alguna institución pública, pero en la inmediata posguerra, bien porque recelaba de ellas o bien por evitar significarse, no lo hizo, y luego, por una cosa o por otra, pero principalmente porque era reacio a salir del anonimato, lo fue posponiendo y murió sin cumplir su propósito. Su hijo mayor, el padre de Ana, falleció el mismo mes y los descendientes tuvieron problemas para la partición de la herencia porque el otro hijo, el tío de Ana, se encontraba en una situación irregular debido a sus vinculaciones políticas, por lo que para resolver el asunto recurrieron a un bufete de abogados que, mediante los peritos correspondientes, procedió a la valoración de los bienes y a su asignación mediante sorteo guardando la proporcionalidad a la que cada parte tenía derecho, haciendo lotes –de joyas, obras de arte y otros objetos de valor– más o menos homogéneos. Nadie cayó en la cuenta, en aquellos días de luto, de la necesidad de excluir del reparto el diccionario de Larramendi, que acabó cayéndole en suerte al tío, que por otra parte era quien más probabilidades tenía al ser beneficiario de la mitad de la herencia de su padre. Cuando la propia Ana planteó la obligación moral que tenían de donarlo a una institución pública, el tío, en buena lógica, exigió que los demás herederos le compensaran económicamente. Lo que escapa a toda lógica es que, a cambio de renunciar a la propiedad del diccionario, exigiera no el valor tasado por el perito del bufete liquidador de la herencia, sino otro muy superior establecido por un supuesto experto, pretensión a la que los hermanos de Ana no accedieron entonces y siguen sin aceptar. De ahí que todavía no se haya cumplido

la voluntad del abuelo. El diccionario tiene la destacada particularidad de estar dedicado de puño y letra por el autor a Xavier de Munibe, conde de Peñaflorida y fundador de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, lo que probablemente le añade valor. Lo que ya resulta más dudoso que constituya un valor añadido es el hecho de que algunas de las entradas de ambos tomos estén señaladas con asteriscos, subrayadas o rodeadas con un círculo por una mano que bien podría ser la del propio conde, puesto que un paleógrafo al que consultaron dató las marcas en una fecha no muy posterior a la de la dedicatoria, que es del 15 de mayo de 1748. También contienen ambos tomos fichas de tamaño universal con comentarios aparentemente críticos intercaladas entre sus páginas, y algunas cuartillas de papel con igual contenido, materiales y escrituras –porque las hay de distintas manos y plumas– que el experto situaba como muy tarde a finales del siglo XIX.

Lo que Faustino Iturbe sabe, por vía de Ana, sobre el "salvamento" del diccionario, como ella dice, es que su abuelo, que hizo la guerra con los nacionales o sublevados, concretamente con los falangistas, lo encontró en algún pueblo de Gipuzkoa y tuvo la previsión de esconderlo para que no cayera en manos de sus camaradas, que destruían los libros eusquéricos siguiendo el llamamiento que el 1 de agosto de 1936 hiciera desde el diario *Arriba España* el famoso "cura azul", el pamplonés Fermín Yzurdiaga, para que por Dios y por la Patria quemasen los libros de judíos, masones, comunistas y separatistas. El hecho en sí mismo puede no parecer heroico, pero es cierto que, como subraya la nieta del salvador, si el hecho aconteció al principio de la guerra –lo que es casi seguro, puesto que la contienda duró poco en Gipuzkoa–, significaría que el hombre cargó con los

dos tomazos en el macuto durante varios meses, quizá años, quitando sitio a una impedimenta mucho más valiosa para alguien que combatía en el frente.

A ese empeño Ana le atribuye un alto valor simbólico: su abuelo se redimía del error de haberse adscrito al bando equivocado salvando de las llamas una obra cumbre de la apología del vascuence. Es obvio que la pobre Ana ha tenido desde siempre cierto complejo ante quienes, como el propio Faustino Iturbe, son de estirpe nacionalista, y que incluso podría hablarse de culpa por la adhesión política de su abuelo, a quien suele tratar de eximir con el argumento de que dejó pronto de creer en el Régimen y de que rechazó los relevantes cargos que le ofrecieron. Faustino Iturbe no lo conoció, pero, según su nieta, fue una persona sencilla del país, que amaba las tradiciones, que tenía amigos nacionalistas y que, en la dura posguerra, salvó la vida y los bienes de mucha gente, independientemente de cómo pensara. También suele referirse a que cuando más tarde, en los 80, recibió amenazas de ETA, fue incapaz de buscar refugio más allá de San Vicente de la Sonsierra y no por mucho tiempo, porque no podía vivir lejos de lo suyo, y que cuando más tarde le tocó pagar el llamado "impuesto revolucionario", lo hizo más que resignadamente, casi con gusto, como una expiación de su pasado. Por otra parte, está claro que no se esforzó mucho en inculcar sus ideales de juventud a sus hijos –y si lo hizo no logró fruto alguno– porque el mayor, el padre de Ana, conoció la cárcel a finales de los 60, mientras que el menor –el que, según parece, está tratando de vender el diccionario– tuvo que exiliarse primero en el País Vasco francés y luego en Sudamérica porque la policía le acusó de algún tipo de vinculación con ETA.

Lo que quiere Ana es que Faustino Iturbe, simulando que está interesado en la compra del diccionario, tantee a su tío para saber cuáles son sus pretensiones. El objetivo último es tratar de convencer a sus hermanos de la necesidad de negociar con él para recuperar la obra y donarla definitivamente a una institución cultural pública. Aunque Faustino Iturbe no está muy seguro de que vaya a hacer la gestión, saca el teléfono dispuesto a incorporar el número de ese tío con el que Ana apenas ha tenido relación porque ha vivido mucho tiempo en el exilio. Tanto es así que ni tan siquiera ha guardado su número en la agenda del móvil, pero está segura de tener una tarjeta comercial suya, le explica mientras busca infructuosamente en una voluminosa cartera de la que se le deslizan al suelo unas cuantas carpetas de plástico de colores. Cuando el hombre se apresura a recogerlas y saca un kleenex para tratar de limpiarlas del barrillo del que han quedado cubiertas, ella se las arrebata de las manos de manera desabrida, según le parece al hombre, que no puede impedir expresarlo con un gesto al que ella responde pidiéndole perdón. Se queja de que trabaja demasiado, de que está dispersa y empieza a extraviar las cosas. Están ya en su calle, pero mira alrededor como si tratara de ubicarse, con las carpetas apretadas bajo el brazo, la bolsa del lenguado en una mano, el maletín en la otra y el voluminoso bolso colgándole del hombro. Propone que entren en una de esas panaderías-cafetería que proliferan últimamente en la ciudad y que han abierto justamente enfrente de su casa.

–Porque, decididamente, no quieres subir, ¿verdad?

El hombre dice que no con la cabeza sin entender qué sentido tiene esa insistencia, con la que sólo logra que se sienta acorralado y resulte más rudo en su respuesta. En cualquier caso, ella persiste:

–Nos comemos el lenguado con un vinito muy rico y nos echamos la siesta –dice agarrándole del brazo, como si temiera que fuese a escaparse, y bajando la voz hasta convertirla en un susurro, y añade–: No te haré nada, sólo quiero que estemos tumbados los dos juntos.

Utiliza el tono de voz meloso con el que se les promete a los niños una recompensa, y el hombre se suelta fingiendo que tiene que mirar la hora. Dice que no puede ser.

–Qué pena. Nos lo pasábamos tan bien, nos reíamos tanto…

Siempre hace referencia a la risa al evocar el pasado. Es cierto que solían reírse. Recuerda especialmente una cena en una taberna en algún pueblo –casi siempre salían de San Sebastián, al ser la relación secreta–. Él estaba cargado de marihuana y le hizo llorar de risa contándole argumentos de novelas que tenía por escribir. Y su primera noche. Aparcó el coche en otro pueblo –en este caso recuerda que era Ascain– y dieron un paseo hasta llegar a la plaza. Estaba desierta y oscura, y a Faustino Iturbe le pareció que procedía darle un beso. "Yo me he traído el camisón por si acaso", dijo ella. Más tarde, en la entrada del hotel, reunió el valor suficiente para decirle, medio en serio medio en broma, que no esperase gran cosa, y a ella el comentario le resultó gracioso y debió de contribuir a tranquilizarla. Lo menciona siempre. También recuerda que una vez ella se empeñó en hacer noche en el balneario de Zestoa, porque de niña solía acudir con sus abuelos a tomar las aguas. Se sentaron en el inmenso comedor rancio y vacío, que de repente empezó a llenarse de animosos viejos que venían en alguna excursión de jubilados. A los cafés, una orquestina empezó a tocar, los viejos se pusieron a bailar valses y pasodobles y ella se empeñó en bailar también. Bailó con todos los viejos y él también con

alguna vieja. No pudieron hacer el amor de lo cansados y bebidos que acabaron. El hombre no cree que le resultara especialmente divertida la velada, pero ella, al evocar los "buenos tiempos", alude siempre a esa noche.

–Di: ¿a que nos lo pasábamos bien? –pregunta abriendo desmesuradamente los ojos, en actitud expectante, y, tras la apagada respuesta del hombre, que hace que sí con la cabeza, ella la mueve en sentido contrario con un gesto de desesperación que, a pesar de su tendencia al histrionismo, no parece impostado.

–Te quiero tanto…

El hombre le dice que no sea loca.

Caminan la veintena de pasos que les separan de la esquina sin pronunciar palabra y esperan, también en silencio, a que el semáforo se ponga en verde. En la cafetería ella se empeña en hacer el pedido de los cafés en el mostrador, cortado y con leche, y de traerlos a la mesa obligándole a permanecer sentado, como si fuera un viejo impedido. Él protesta: "Puedo sostener una taza, todavía", pero no le hace caso. Sí le permite secar las carpetas con sus kleenex –dado que las servilletas que hay en la mesa no son absorbentes– mientras ella se afana nuevamente en rebuscar en el bolso la tarjeta comercial de su tío. Finalmente desiste cuando él le advierte que se le va a enfriar el café.

–Ya te llamaré para dártelo, pero, de todas formas, lo encontrarás en la guía.

Lasa es un apellido bastante común, aunque no cree que haya muchos César Lasa como su tío. Su hermano, es decir el padre de Ana, se llamaba Julio y el abuelo Julio César. Le ha oído referirse cientos de veces a la simbólica adscripción romana de su familia, que se remonta a varias generaciones bautizadas

como Julios, Césares, Julios Césares y Augustos. Al parecer el abuelo aludía a la ascendencia italiana de algunos Lasa basándose en que en la región de Trentino-Alto Adigio existe una pequeña comuna con ese nombre. La nieta siempre dice que no sabe hasta qué punto se creía el argumento, pero ella misma suele alardear, más o menos en serio, del perfil supuestamente romano que caracteriza a los miembros de la familia. Ella, desde luego, tiene una importante nariz de tipo aguileño y se le ve un aire de Anna Magnani del que se siente orgullosa. Siendo una mujer casi fea ateniéndose a cada elemento del rostro, resulta atractiva en su conjunto. Es de estatura media, delgada y fibrosa. Faustino Iturbe sabe que se cuida al máximo, aunque alardea de no hacerlo –le debe de parecer vulgar la promiscuidad de los gimnasios, hacer ejercicio, sudar…–, y, desde luego, guarda una dieta estricta. Es inteligente y buena persona aunque un tanto esnob, además de muy habladora. Ella dice que sólo le pasa con él, lo de ser habladora, y es porque le cohíbe y por eso se atolondra y habla y habla de lo primero que se le ocurre, de cualquier cosa.

Ahora le habla de una chiquilla que es muy rara, la hija de una vecina con quien tiene relación de amistad y que está preocupada, con razón le parece a ella, por lo que se deduce de una redacción sobre la figura del padre que ha escrito recientemente y que le ha pasado la tutora del centro, bastante alarmada. Abre una de las carpetas y le muestra, sacándolos parcialmente, unos folios escritos con letra regular y clara. Al hombre no le interesan las preocupaciones de esa vecina ni los detalles de la relación con su marido, el padre de la niña rara, una buena persona, pero simple y vulgar. Vulgar en el sentido de que trabaja y después de trabajar se limita a chiquitear con la cuadrilla. “De

esos de camisa a cuadros y jersey al hombro. Ya sabes". Sí, ya sabe. Se pregunta qué cara pondría si le dijese que hacía una semana que no se duchaba y que la pechera del jersey que llevaba encima todo ese tiempo, como una segunda piel, estaba rígida de las chorreras que le caen por beberse los batidos de fruta tumbado en el sofá. Supone que se lo perdonaría, que lo consideraría una extravagancia: el lado oscuro del artista, el *goût pour la boue* y todo eso, un rasgo de genialidad incluso.

–Te estoy aburriendo.

Le responde que no le aburre, pero sin esforzarse en resultar convincente. Una argucia que utiliza habitualmente es decirle lo que quiere oír, dándole a entender con el tono que no es cierto. Pero, salvo excepciones, ella prefiere ajustarse a la literalidad de las palabras, así que retoma el asunto de la hija de su vecina, que es una cría de quince años, extremadamente inteligente, pero que obtiene un pobre rendimiento en los estudios. Con ser importante, el fracaso escolar no es, sin embargo, su problema más grave. Ella no ha intervenido en el caso profesionalmente, pero por lo que sabe de la cría, tiene dudas sobre lo que realmente expresa a través de su escritura y le gustaría saber qué opina él. Le pasa los folios unidos por un clip y, aunque le dice "Lee, lee", es ella quien lo hace, a media voz, tras correr la silla para ponerse a su lado y apoyarse en él acodando un brazo en su hombro. El hombre se pregunta si trata de someterle a prueba rebasando el límite de la distancia física que es capaz de soportar, pero permanece estoicamente inmóvil mientras trata de leer el texto desentendiéndose de su voz. Desde la primera línea el escrito llama la atención tanto por el estilo como por el contenido. Se abre con una confesión inequívoca de la repugnancia que le produce su progenitor –"Físicamente mi

padre me repele bastante"–, una afirmación dura, sin duda, que la cínica matización del adjetivo "bastante" no hace sino acentuar, y el resto constituye un inventario de los rasgos físicos, psíquicos y morales que provocan esa aversión suya. En algún momento el recurso a la hipérbole, como al referirse a una verruga que tiene el hombre en el omoplato izquierdo –una coliflor marrón, pequeña para ser coliflor, aunque inmensa para ser verruga– o a los ojos grandes, pero de iris pequeño –dos huevos duros que quieren salirse de las orbitas cuando se enfada–, permite dudar sobre si el texto encierra una intención puramente humorística, pero hay aspectos que se le antojan inequívocamente veraces, como la detenida descripción de las manos, por ejemplo, de dedos afilados, demasiado blancas, demasiado pequeñas y blandas… No necesitaría añadir que le repugnaría ser acariciada por ellos para que el lector lo perciba, pero lo señala, que le prefiere enfadado y que no lo soporta cariñoso, diciéndolo todo en diminutivo, y que tampoco entiende cómo puede soportar su madre compartir la cama con él.

–¿Qué te parece?

El hombre no sabe qué decir. Está de acuerdo en que el texto refleja una actitud, una fobia al padre, que puede ser problemática, pero dice algo de su autora que le resulta simpático.

–Está muy bien escrito.

–No se trata de eso –afirma, recuperando la redacción con un gesto brusco–. Te pregunto por el contenido: qué tipo de personalidad crees que revela el texto.

A Faustino Iturbe le hace gracia la reacción. Ana, como muchas personas habladoras, es reacia a escribir y tiene un evidente complejo de no hacerlo bien. Está celosa de su valoración.

–Ya sabes que no ejerzo.

–No seas tonto, ya sé que no ejerces. Te pregunto qué sensación te produce. ¿Te parece sincera?

–Diría que sí.

–Pero todo es mentira, la madre dice que no existe tal verruga.

–Y el padre, ¿qué dice?

–Al padre no le han enseñado la redacción para no darle un disgusto.

Aún no ha terminado la frase cuando dobla los folios y los guarda en el bolso apresuradamente. Faustino Iturbe supone que reacciona así porque está definitivamente ofendida pensando que no se toma el asunto en serio, pero al advertir la presencia, a dos pasos de la mesa, de una cría larguirucha con una inmensa cartera de cuero sujeta con ambas manos contra los muslos, y mirándole con curiosidad, comprende que ésa es la causa. Ana estira el brazo hacia ella y le hace un gesto para que se acerque.

–Ésta es Lili, mi vecina –la presenta–. Y este señor es Faustino Iturbe, el escritor. Me has oído hablar de él.

–A todas horas –dice sonriente, afirmando con la cabeza.

Faustino Iturbe inicia el movimiento de levantarse con la intención de darle los besos de rigor, pero ella le ofrece la mano, un ademán que tiene algo de graciosamente distante, y él la estrecha agradecido de que le haya dispensado de tener que hacer ese otro gesto ñoño de rozar mejilla contra mejilla. La mano es firme y abarca casi por entero la suya.

–Me llamo Lili, sin acento prosódico.

–Bonito nombre.

–No es feo, pero resulta difícil de llevar, no te creas.

–¿Y eso?

–Porque aparte de que todo el mundo dice "Lilí", la gente piensa que llamándote así debes de ser un poco gilipollas.

Al hombre le hace gracia y se ríe. A él le parece un nombre precioso, mil veces más sugerente que Lore,[2] en todo caso. No se resiste a decir que le trae el eco melancólico de "Lili bat ikusi dut"[3] y de "Lili Marleen" en la voz cascada de Marlene Dietrich, aunque supone que la cría jamás ha oído hablar de ella, y Faustino seguiría con el juego de asociaciones –evidentemente ahí está la hermosura gótico-renacentista del palacio de los Lili, nebuloso a la vera del Urola– si no fuera porque las palmaditas de Ana en la mano le sugieren que ya es suficiente. La cría le da las gracias muy educadamente y a Ana, que le pregunta qué va a hacer a esas horas, le responde que ha venido a comprarse una palmera.

–Aquí las hacen muy ricas.

–Me encantan las palmeras –dice el hombre.

–Pues prueba una, ya verás qué buena. ¿Te la pido?

–No es hora de palmeras, que hay que almorzar dentro de nada –interviene Ana, tocándole el hombro con la punta de los dedos. Un gesto ambiguo, de reconvención maternal, pero que también parece un tanto displicente, poco amable.

El hombre les recuerda un dicho que utilizaba su abuela para justificar el picoteo a deshoras: "No comer por haber comido no es tiempo perdido", y la cría sonríe de oreja a oreja. Tiene la boca grande y los labios muy rojos, como si los tuviera pintados.

–Qué maja tu abuela. Entonces, ¿te pido una?

–No, no me atrevo –responde el hombre, señalando a Ana.

[2] Tanto 'Lili' como 'Lore' significan "flor" en euskera.

[3] "He visto una flor": canción popular vasca.

La cría se le queda mirando unos segundos con toda la intensidad de sus ojos azules, valorando si creerle o dándole tiempo para que tome su decisión definitiva, y el hombre se pregunta si su vestimenta un tanto anacrónica –falda escocesa con peto, camisa blanca con corbata azul y chaqueta del mismo color– será de uniforme escolar. Finalmente la chiquilla se encoge de hombros y se dirige al mostrador con paso decidido. Viéndola desde atrás, el hombre supone que la falda corta contribuye a que sus piernas parezcan tan largas. Calza zapatos negros y calcetines blancos que le llegan a media pierna.

–¿Qué te parece? –pregunta Ana.

–Simpática.

–Es muy rara.

Vuelve a sacar la redacción del bolso y se la pasa al hombre por debajo de la mesa para que se la lleve a casa y la lea despacio –"Ya me dirás si no es rara…"–, y el hombre se ve obligado a guardársela rápidamente en el bolsillo interior de la americana tratando de que la cría no se dé cuenta. En cuanto a su vestimenta, Ana le informa que no es un uniforme, puesto que estudia en el instituto. Y tampoco se trata de una influencia materna –"Como para decirle lo que se tiene que poner…"–, sino que más bien parece que, en los últimos tiempos, le ha dado por adoptar un estilo cercano al que, a la misma edad, rechazaba su madre.

Tienen que dejar de hablar de ella porque vuelve con una palmera sujeta con una servilleta de papel. Se queda de pie en el mismo sitio en el que estaba antes, a un paso de la mesa, y le pregunta al hombre, y sólo al hombre, si quiere probarla. Al responderle éste que no, desprende una tira de hojaldre y procede a mordisquearla. Es un gesto que en ella resulta infantil,

pero lo cierto es que el hombre también tiene la costumbre de comer las palmeras de hojaldre despegando las tiras que las forman.

–Entonces, ¿qué me dices?

Ana le formula la pregunta al hombre apretándole el antebrazo, reclamando que se desentienda de la cría, dejándola al margen de la conversación, y a él le molesta tener que seguirle el juego.

–Qué te digo… ¿de qué?

–De cuál es la institución a la que te parece que tendríamos que donar el diccionario cuando lo recuperemos.

El hombre se encoge de hombros.

–Piénsatelo.

Le promete que donarán la obra a la institución que él proponga para mostrarle en qué alta consideración le tiene. Especifica que no le gustaría que la guardaran en un fondo reservado ni que se diese información alguna acerca del donante, porque no cree que fuera ésa la intención de su abuelo. De manera que vuelve a hablar del asunto, para los dos ahora, para el hombre y para la niña, y quizá sobre todo para ésta, aunque simule ignorarla, mientras el hombre trata de parecer atento fijando la vista en los ojos de Ana, pero se le escapa a la boca y se abstrae en ella tratando de determinar el motivo por el que de repente le parece distinta. Deduce dos causas. Por un lado, que los dientes parecen más blancos, y, por otro, que no se aprecia una amalgama muy visible en otro tiempo entre un canino y un premolar en la parte superior, diría que en el lado izquierdo. Se pregunta si le agradaría saber que es notable esa mejora y si debería advertírselo, o si procede silenciarlo para que no se sienta ofendida constatando que, en algún momento, su dentadura le ha

parecido fea. Además sería hipócrita aludir únicamente a ese cambio entre los muchos que se han operado en su persona en un espacio relativamente breve de tiempo. Uno de los más notables lo evidencia su piel, que parece ajada, como tras haber estado expuesta demasiado tiempo al sol en su empeño por tener buen color, y también flácida en el cuello, debido sin duda al empeño en mantenerse dentro de lo que ella llama su "peso perfecto". Al hilo de esa consideración, le viene el recuerdo de la bañista de Ondarreta, a la que cabría calificar de robusta, pero que parecía ágil y elástica, y debe constatar que es la evocación de la blancura de su piel –blanquísima en contraste con el bañador negro– lo que le resulta especialmente atractivo. El hecho es curioso por cuanto que siempre le han gustado más las pieles morenas. Supone que el cambio puede deberse a que desde su enfermedad relaciona la salud y la belleza como no lo hacía antes, y porque asocia el sol y la morenez con el cáncer de piel. También la cría, que permanece de pie frente a él, es de piel muy blanca –de ese tipo que en las novelas románticas se denomina transparente– y, de hecho, son muy evidentes las venas azuladas que cruzan esa mano larga y lánguida que sostiene todavía media palmera de hojaldre. Además de la palidez de la piel, sus facciones, los ojos claros, los labios carnosos, el cabello cobrizo, el cuello esbelto…, le hacen evocar a una modelo prerrafaelita mientras la ve desgajar indolente trozos de cinta de hojaldre que mordisquea distraída escuchando a Ana, muy seria, pero sin prestarle mucha atención, diría, hasta que percibe que el hombre la está observando y le mira ella también. Abre mucho los ojos, como si quisiera transmitirle una señal que el hombre no sabe interpretar, un signo de complicidad en cualquier caso, como los que se hacen de pupitre a pupitre dos alumnos